

que tanto seais glorificado por las llagas de Jesucristo.

○ Señor mio Jesucristo, por la tarde, por la mañana y al medio dia publicaré que estais llagado por nuestro amor.



DÉCIMA ESTACION.

LA DESNUDEZ Y MIRRA.

Contempla, alma mia, en esta décima estacion, como es el lugar del monte Calvario donde habiendo llegado el inocente Isaac (al mismo donde precedió el ensayo del hijo de Abram y

se ejecutó el rigor en el mansísimo cordero que en aquel se suspendió) le desnudaron de sus sagradas vestiduras, con tal fiereza, que le renovaron todas sus llagas; y arrancándole con violencia la corona de espinas, se quebraron y quedaron en la divina cabeza algunas puntas; y le dieron á beber vino mezclado con hiel y mirra que gustó su Magestad, aunque no le bebió.

OFRECIMIENTO.

¡O Rei supremo de los cielos!
Por la invencible paciencia y

mansedumbre con que toleraste ser despajado de tus vestiduras quedando solo con los paños de la honestidad, y por el amor con que gustaste la amarga bebida, te suplico que me desnudes de todos los afectos terrenos de tal suerte que tan léjos como está el cielo de la tierra, esté de mí todo aquello que de tí me aparta, y que no beba yo los deleites de la culpa, que son hiel amarga en la muerte, sino que beba del torrente de tu Pasion santísima para saciarme con tu vista en la Gloria. Amen.

EjemPlo.

In contritione filiae populi mei oculus meus afflictus est, nec tacuit, eo quod non esset requiem, Jeremias, cap. 3.

En el pecado de la hija de mi pueblo mis ojos se affijeron, y no callaron porque no habia reposo.

El profeta David, viendo muy de léjos á Jesucristo crucificado y derramando su sangre en los mayores tormentos, le hace decir: Mirad y ved si no soi Dios; y el ejemplo siguiente nos manifiesta que Jesucristo es ahora el mismo que el que fué en el Calvario, y que ahora, lo mismo

que entonces sus ojos se aflijen, no callan, ni encuentran descanso cuando la criatura se quiere apartar de Él por el pecado. Recibió en su orden el S. P. S. Francisco á un jóven que no supo aprovecharse de las instrucciones y buenos ejemplos del santo, y tentado por el Demonio resolvió volverse al mundo. Vencido, pues, por la tentacion se presentó al santo pidiéndole licencia para verificarlo; y habiéndosela negado, se fué al Cardinal Protector; pero no pudo, por habersele negado la entrada, llegar á su presencia, y entonces

con arrojo temerario se fué al Sumo Pontífice, que entonces era Honorio III, quien no dió la licencia porque no habia una causa justa. Como ya habia consentido en su pecado, nada le importó la suprema resolucion del Vicario de Cristo, y así determinó fugarse, como lo verificó: pero no habia andado mucho, cuando le salió al encuentro un hombre que le preguntó: ¿A donde iba? Indignado el fugitivo al oír ésta pregunta, respondió: ¿Y qué os importa? ¿Qué teneis que hacer con migo? Seguid vos vuestro camino, que yo

seguiré el mio. A ésta respuesta Jesus, no conocido por el pobre apóstata, le descubrió el costado, las manos y los pies llenos de sangre y dando un suspiro le dijo: Por éstas llagas podras conocer cuanto me importa el preguntarte por tu viage: esto padecí en la Cruz por librarte de la muerte eterna á donde tú ahora caminas; ¿Cómo, pues, quieres que no te pregunte á donde vas? Entiende, que por éstas heridas, por ésta sangre te pido que vuelvas atrás y tomes el camino del cielo; y entiende que el que te lo pide es aquel

Señor que ha obrado la salud en medio de la tierra. Al oír el fugitivo ésta reprehension tan amorosa, se arrojó en el acto á los pies de Jesucristo, pidiéndole perdon de su obstinacion; y volviéndose luego á su convento, hizo una vida ejemplar y pareció lleno de virtudes. ¿No podemos decir con verdad que Jesucristo es ahora el mismo que en el Calvario, y que sus ojos se afligen y no hallan descanso hasta que no dan con la oveja perdida?

GRACIA.

Viendo devotamente las llagas de Jesucristo, no solo se alcanza la gracia de la vocacion á la religion cristiana, única verdadera; sino que otras muchísimas se nos conceden, y una de ellas es, movernos á hacer penitencia por los pecadores, como sucedió al Beato Francisco de la orden de Carmelitas. Meditaba con mucha ternura un Viernes Santo en la Pasion del Señor Jesus; y fijando la vista en su imágen vió materialmente que

de la cabeza, de los pies y del costado manaba tanta copia de sangre, que bañaba todo su cuerpo, y oyó que le decia: "Mira cuanto he padecido por el hombre ingrato." A éstas palabras se sintió tan movido á hacer penitencia por los ingratos, que tomando un azote despedazó todo su cuerpo. Quedaron vivamente impresas en su corazon aquellas palabras: "Mira cuanto he padecido por el hombre ingrato," y mandándose hacer una devota imágen de Jesucristo crucificado, la mostraba á todos para moverles á penitencia diciéndoles: "Mirad

cuanto ha padecido Jesus por el hombre ingrato:" y para escitarse él mismo á tener un grande odio al pecado, tenia ésta imágen siempre consigo. "Si nosotros, decia, no podemos deramar sangre, á lo menos deramemos lágrimas de arrepentimiento mirando las llagas de Jesucristo."

SENTENCIA.

CON ÉSTAS PRECIOSÍSIMAS LLAGAS EL DEMONIO QUEDÓ ATADO Y EL HOMBRE LIBRE. *B. Anacleo. Amoris incendio.*

JACULATORIAS.

¡O Señor mio Jesucristo! Si yo hubiera sido la lanza, jamás hubiera salido de vuestro santísimo costado.

¡O Jesus mio! Si te he ofendido, por justicia debes herir mi corazón; y si te he servido no quiero mas recompensa que tus llagas.



UNDÉCIMA ESTACION.

LA CRUCIFIXION DEL SEÑOR.

Contempla, alma mia, en esta undécima estacion, como es el lugar donde el artífice de la

paciencia Cristo sufrió el atrozísimo tormento de ser enclavado de manos y pies en la santa Cruz con duros y esquinados clavos; quedando aquella fábrica de sus miembros deíficos tan disuelta y desencuadrada, que se le pudieran contar los huesos, porque todos quedaron dislocados, señalándose fuera de su lugar. Y para que los clavos no soltasen el sagrado cuerpo, los ministriles y corchetes volvieron la Cruz cojiendo contra la tierra al divino crucificado para remacharlos; acudieron los ángeles por mandado de su Reina

á sostener la Cruz de suerte que el Señor no tocase en la tierra.

OFRECIMIENTO.

¡O amabilísimo Redentor! Por los agudos dolores que padeciste cuando enclavaron tus sacratísimas manos y benditísimos pies en la Cruz, suplicote claves mis pies y manos en la cruz de la mortificación, y no permitas la mueva para cosa que sea de ofensa contra tu divina Magestad, para que crucificado con tigo, merezca gozar los frutos de tan copiosa redencion. Amen.

EJEMPLO.

Sanguis Jesuchristi emundat nos ab omni peccato. 1 Joan. 1. 17.

La Sangre de Jesucristo nos purifica de todo pecado.

Santa Isabel reina de Hungría y muger de Landgravio duque de Turena, entró ricamente adornada y acompañada de toda su servidumbre, en una iglesia: y levantando los ojos, los fijó atentamente en una imágen de Jesucristo, que se veía pendiente de la Cruz. Al considerar que estaba Él coronado de espinas y ella con la cabeza llena

de joyas; desnudo Él, ensangrentado de manos y pies, y ella lujosamente ataviada, una palidez mortal cubrió su rostro; y fué tal el dolor que sintió, que dió con sigo en tierra sin sentido: sacáronla al momento para ministrarla socorro y hacerla volver, lo que se consiguió con mucho trabajo; y vuelta en su acuerdo exclamó: “¡O Dios mio! mejores son tus llagas que mis adornos. He sido mui vana; pero me arrepiento y en lo de adelante prometo ser semejante á tí.” Como lo propuso, así fielmente lo ejecutó, y entre otros

actos de piedad que practicaba en honor de las llagas santísimas de Jesucristo, uno era, asistir en persona y curar con sus propias manos á los leprosos, reconociendo en ellos la persona de Jesucristo. Un dia que Landgravio, su marido, estaba ausente, hizo que le llevasen un leproso; y despues de haberle lavado en el baño, le llevó á tomar descanso en su propia cama sin asco de sus llagas. No faltó en la corte quien ésto percibiese y que interpretándolo siniestramente, fuese á dar parte á Landgravio; quien creyén-

dose ofendido en su honor, violentamente volvió á palacio y con espada en mano se dirigió á la cámara de su santa muger. Pero ¡cual fué su sorpresa cuando en vez de ver al leproso en la cama, no vió sino á Jesucristo! Entonces, postrado en tierra, pidió humildemente perdón de su pecado, porque sabiendo cual era la santa vida que llevaba su muger, fué ligero en dar crédito á siniestras interpretaciones: en seguida rogó á su muger, que se empeñase más en amar á Jesucristo, pues por éste medio esperaba

conseguir el perdon de sus pecados, así como se habia visto libre de manchar sus manos en la sangre de un inocente. ¿No es, pues, cierto que la Sangre preciosa de Jesucristo nos limpia y libra de todo pecado?

GRACIA.

Mui turbado estaba el Beato Santiago, de la sagrada órden de Predicadores, con el pensamiento de su último fin. A todas horas se preguntaba. ¿Seré predestinado ó réprobo? ¿Veré á Dios para siempre ó para siem-

pre quedará privado de su vista, sepultado por toda una eternidad en el infierno? Así vivia afligido, y cuando ya su tribulacion fué mayor, se fué á los pies de Jesucristo á suplicarle que le consolase en tanta desolacion; y tuvo la dicha de que el Señor escuchase su oracion, pues oyó que le dijo: "Siervo mio; ésta sangre es el sello de tu predestinacion:" y diciendo esto salió del pecho de la imágen tanta sangre, que empapando los vestidos y la cara de Santiago, quedaron manchados por algunos dias con éste precioso licor, cayendo en

los labios tambien algunas gotas que le dejaron lleno de dulzura. Ya desde éste dia no volvió á sentir el temor de ser réprobo, y todo su deseo no fué otro que el de unirse mas y mas á Jesucristo crucificado. Nosotros no merecemos una gracia tan grande; pero haciendo de nuestra parte todo lo posible por salvarnos y meditando siempre en las llagas de Jesucristo, oiremos que nos dice: "Esta sangre derramada por vosotros es el sello de vuestra predestinacion."

Enseñan los teólogos, que una de las señales de predestinacion

es la afectuosa devocion á la santísima Pasion. Veamos si somos devotos, si nos compadecemos de sus dolores, y entonces veremos si somos réprobos ó predestinados.

SENTENCIA.

EN LAS LLAGAS DE CRISTO DUERMO SEGURO, DESCANSO IMPERTURBABLE. *Pistero in man. 22.*

JACULATORIAS.

Jesus mio ¡cuan gratas, cuan dulces, cuan resplandecientes son vuestras llagas!

Llagas Santisimas de mi Jesus, yo os saludo, os reverencio con todas

las adoraciones, con que perpetuamente os adoran los cortesanos del Cielo.



DUODÈCIMA ESTACION.

LA ESPIRACION DEL SEÑOR.

Contempla, alma mia, en ésta duodecima estacion, como ya crucificado el Señor enarbolaron aquel sagrado estandarte para fijarle en el agujero de una peña, donde por el espacio de tres horas estuvo pendiente á vista del innumerable pueblo y padeciendo a-

trocísimos tormentos á cuya fuerza espiró, entregando su espíritu en manos de su Eterno Padre.

OFRECIMIENTO.

¡O Señor mio Jesucristo! Por los inmensos dolores, y por aquella amargura que padeciste en la Cruz, principalmente cuando tu nobilísima alma salió de tu bendito cuerpo; te suplico tengas misericordia de mi alma cuando salga de ésta vida y te dignes de guiarla á la vida eterna. Amen.